



Arthur Conan Doyle

La Aventura del
Jorobado

E LEJANDRIA



Arthur Conan Doyle

La Aventura del
Jorobado

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

LA AVENTURA DEL JOROBADO

ARTHUR CONAN DOYLE

PUBLICADO: 1894

FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG

EDICIÓN: A. L. BURT COMPANY, NEW YORK, 1894

TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

LA AVENTURA DEL JOROBADO

Una noche de verano, unos meses después de mi matrimonio, estaba sentado junto a mi propia chimenea fumando una última pipa y hojeando una novela, ya que el trabajo del día había sido agotador. Mi esposa ya había subido las escaleras, y el sonido de la cerradura de la puerta del vestíbulo un tiempo antes me indicó que los sirvientes también se habían retirado. Me había levantado de mi asiento y estaba sacudiendo las cenizas de mi pipa cuando de repente escuché el estruendo de la campana.

Miré el reloj. Eran las doce menos cuarto. Esto no podía ser un visitante a esa hora. Paciente, evidentemente, y posiblemente una guardia nocturna. Con una mueca fui al vestíbulo y abrí la puerta. Para mi asombro, era Sherlock Holmes quien estaba en mis escalones.

—Ah, Watson —dijo—, esperaba no haber llegado demasiado tarde para encontrarte.

—Mi querido amigo, por favor, entra.

—¡Te ves sorprendido, y no me extraña! ¡Aliviado también, imagino! ¡Hum! ¡Todavía fumas la mezcla Arcadia de tus días de soltero, entonces! No hay error con esas cenizas esponjosas en tu abrigo. Es fácil notar que has estado acostumbrado a llevar un uniforme, Watson. Nunca pasarás por un civil de pura cepa mientras mantengas ese hábito de llevar el pañuelo en la manga. ¿Podrías alojarme esta noche?

—Con gusto.

—Me dijiste que tenías cuartos de soltero para uno, y veo que no tienes ningún visitante caballero en este momento. Tu perchero lo proclama.

—Me encantaría si te quedas.

—Gracias. Entonces ocuparé el gancho vacío. Lamento ver que has tenido al trabajador británico en la casa. Es un signo de maldad. ¿No los desagües, espero?

—No, el gas.

—¡Ah! Ha dejado dos marcas de clavos de su bota en tu linóleo justo donde la luz lo golpea. No, gracias, cené en Waterloo, pero fumaré una pipa contigo con gusto.

Le entregué mi bolso, y él se sentó frente a mí y fumó en silencio durante un tiempo. Estaba bien consciente de que nada más que un asunto de importancia le habría traído hasta mí a tan hora, así que esperé pacientemente hasta que se acercara al tema.

—Veo que estás profesionalmente bastante ocupado en este momento —dijo, mirándome muy intensamente.

—Sí, he tenido un día ocupado —respondí—. Puede parecer muy tonto a tus ojos —añadí—, pero realmente no sé cómo lo dedujiste.

Holmes se rió para sí mismo.

—Tengo la ventaja de conocer tus hábitos, mi querido Watson —dijo—. Cuando tu ronda es corta caminas, y cuando es larga usas un hansom. Como percibo que tus botas, aunque usadas, no están nada sucias, no puedo dudar de que estás actualmente lo suficientemente ocupado como para justificar el hansom.

—¡Excelente! —exclamé.

—Elemental —dijo—. Es uno de esos casos donde el razonador puede producir un efecto que parece notable para su vecino, porque este último ha pasado por alto el único punto pequeño que es la base de la deducción. Lo mismo se puede decir, mi querido amigo,

del efecto de algunos de estos pequeños bocetos tuyos, que son completamente meretricios, dependiendo como lo hacen de que retengas en tus propias manos algunos factores del problema que nunca se transmiten al lector. Ahora, en este momento estoy en la posición de estos mismos lectores, pues sostengo en esta mano varios hilos de uno de los casos más extraños que jamás han perplejizado el cerebro de un hombre, y sin embargo me faltan uno o dos que son necesarios para completar mi teoría. ¡Pero los conseguiré, Watson, los conseguiré! Sus ojos se encendieron y una ligera ruboración surgió en sus mejillas delgadas. Por un instante solamente. Cuando miré de nuevo, su rostro había retomado esa compostura red-india que había hecho que tantos lo consideraran una máquina más que un hombre.

—El problema presenta características de interés —dijo—. Podría incluso decir que presenta características excepcionales de interés. Ya he investigado el asunto y he llegado, creo, cerca de mi solución. Si pudieras acompañarme en ese último paso, podrías ser de considerable ayuda para mí.

—Estaría encantado.

—¿Podrías ir hasta Aldershot mañana?

—No tengo duda de que Jackson tomaría mi práctica.

—Muy bien. Quiero empezar a las 11.10 desde Waterloo.

—Eso me daría tiempo.

—Entonces, si no estás demasiado soñoliento, te daré un resumen de lo que ha sucedido y de lo que queda por hacer.

—Estaba soñoliento antes de que vinieras. Estoy completamente despierto ahora.

—Comprimiré la historia tanto como se pueda sin omitir nada vital para el caso. Es concebible que incluso hayas leído algún relato sobre el asunto. Es el supuesto asesinato del Coronel Barclay, de los Royal Munsters, en Aldershot, que estoy investigando.

—No he oído nada al respecto.

—Aún no ha suscitado mucha atención, excepto localmente. Los hechos tienen apenas dos días. Brevemente, son estos:

—Los Royal Munsters son, como sabes, uno de los regimientos irlandeses más famosos del ejército británico. Hicieron maravillas tanto en Crimea como en la Rebelión, y desde entonces se han distinguido en cada ocasión posible. Estaba comandados hasta la noche del lunes por James Barclay, un veterano valiente, que comenzó como un soldado raso, fue ascendido a rango comisionado por su valentía en el momento de la Rebelión, y así vivió para comandar el regimiento en el que una vez portó un mosquete.

—El Coronel Barclay se había casado cuando era sargento, y su esposa, cuyo apellido de soltera era Miss Nancy Devoy, era la hija de un antiguo sargento de color en el mismo cuerpo. Por lo tanto, como se puede imaginar, hubo cierta fricción social cuando la joven pareja (pues aún eran jóvenes) se encontró en su nuevo entorno. Sin embargo, parecen haberse adaptado rápidamente, y la señora Barclay siempre ha sido, según tengo entendido, tan popular entre las damas del regimiento como su esposo entre sus compañeros oficiales. Puedo añadir que era una mujer de gran belleza, y que incluso ahora, cuando ha estado casada por más de treinta años, sigue siendo de una apariencia llamativa y regia.

—La vida familiar del Coronel Barclay parece haber sido uniformemente feliz. El Mayor Murphy, a quien debo la mayoría de mis hechos, me asegura que nunca ha oído hablar de algún malentendido entre ellos. En general, piensa que la devoción de Barclay hacia su esposa era mayor que la de ella hacia él. Se sentía agudamente incómodo si estaba ausente de ella por un día. Ella, por otro lado, aunque devota y fiel, era menos afectuosamente ostentosa. Pero eran considerados en el regimiento como el propio modelo de una pareja de mediana edad. No había absolutamente nada en sus relaciones mutuas que preparara a la gente para la tragedia que iba a seguir.

—El Coronel Barclay mismo parece haber tenido algunos rasgos singulares en su carácter. Era un viejo soldado audaz y jovial en su estado de ánimo habitual, pero hubo ocasiones en las que parecía capaz de considerable violencia y vindictividad. Sin embargo, este lado de su naturaleza nunca parece haberse dirigido hacia su esposa. Otro hecho, que sorprendió al Mayor Murphy y a tres de los cinco oficiales con los que conversé, fue el tipo singular de depresión que lo invadía en ocasiones. Como expresó el mayor, la sonrisa a menudo se le había quitado de la boca, como si por una mano invisible, cuando se unía a las jovialidades y al jolgorio de la mesa de comedor. Durante días seguidos, cuando el ánimo estaba sobre él, había estado sumido en la más profunda oscuridad. Esto y cierto tinte de superstición eran los únicos rasgos inusuales en su carácter que sus oficiales hermanos habían observado. La última peculiaridad tomó la forma de una aversión a quedarse solo, especialmente después del anochecer. Esta característica pueril en una naturaleza visiblemente varonil a menudo había dado lugar a comentarios y conjeturas.

—El primer batallón de los Royal Munsters (que es el antiguo 117º) ha estado estacionado en Aldershot durante algunos años. Los oficiales casados viven fuera del cuartel, y el Coronel ha ocupado durante todo este tiempo una villa llamada Lachine, a aproximadamente media milla del campamento norte. La casa se encuentra en sus propios terrenos, pero el lado oeste no está a más de treinta yardas de la carretera principal. Un cochero y dos sirvientas forman el personal de sirvientes. Estos, junto con su amo y su señora, eran los únicos ocupantes de Lachine, ya que los Barclay no tenían hijos, ni era habitual que tuvieran visitantes residentes.

—Ahora, para los eventos en Lachine entre las nueve y las diez de la noche del pasado lunes.

—La señora Barclay era, al parecer, miembro de la Iglesia Católica Romana, y se había interesado mucho en el establecimiento del Gremio de San Jorge, que se formó en conexión con la Capilla de

Watt Street con el propósito de suministrar ropa desechada a los pobres. Se había celebrado una reunión del Gremio esa noche a las ocho, y la señora Barclay había apresurado su cena para poder asistir. Al salir de la casa, el cochero la escuchó hacer algún comentario trivial a su esposo, y asegurarle que volvería antes de mucho tiempo. Luego llamó a Miss Morrison, una joven que vive en la villa contigua, y las dos se fueron juntas a su reunión. Duró cuarenta minutos, y a las nueve y cuarto la señora Barclay regresó a casa, habiendo dejado a Miss Morrison en su puerta al pasar.

—Hay una habitación que se usa como sala de estar en Lachine. Esta da a la carretera y se abre mediante una gran puerta plegable de vidrio al césped. El césped tiene treinta yardas de ancho y solo está separado de la autopista por un muro bajo con una barandilla de hierro encima. Fue a esta habitación donde la señora Barclay fue al regresar. Las persianas no estaban bajadas, ya que la habitación rara vez se usaba por la noche, pero la propia señora Barclay encendió la lámpara y luego tocó la campana, pidiendo a Jane Stewart, la criada de la casa, que le trajera una taza de té, lo cual era completamente contrario a sus hábitos habituales. El Coronel había estado sentado en el comedor, pero al oír que su esposa había regresado, se unió a ella en la sala de estar. El cochero lo vio cruzar el vestíbulo y entrar. Nunca más fue visto con vida.

—El té que se había ordenado fue traído al final de los diez minutos; pero la criada, al acercarse a la puerta, se sorprendió al oír las voces de su amo y su señora en una furiosa altercación. Golpeó sin recibir respuesta, e incluso giró el pomo, pero solo para encontrar que la puerta estaba cerrada por dentro. Naturalmente, corrió a decirle al cocinero, y las dos mujeres junto con el cochero subieron al vestíbulo y escucharon la disputa que aún seguía rugiendo. Todos coincidieron en que solo se escuchaban dos voces, las de Barclay y de su esposa. Los comentarios de Barclay eran apagados y abruptos, de modo que ninguno de ellos era audible para los oyentes. Las de la dama, por otro lado, eran muy amargas, y cuando levantaba la voz podían oírse claramente.

—¡Cobarde! —repitió una y otra vez—. ¿Qué se puede hacer ahora? ¿Qué se puede hacer ahora? ¡Devuélveme mi vida! ¡Nunca volveré a respirar el mismo aire contigo! ¡Cobarde! ¡Cobarde! —eran fragmentos de su conversación, terminando en un grito repentino y terrible en la voz del hombre, con un estruendo y un grito penetrante de la mujer. Convencido de que había ocurrido alguna tragedia, el cochero corrió hacia la puerta y trató de forzarla, mientras grito tras grito salía de dentro. Sin embargo, no pudo entrar, y las criadas estaban demasiado asustadas para asistirlo. Sin embargo, un pensamiento repentino lo golpeó, y corrió por la puerta del vestíbulo y rodeó hasta el césped donde se abren las largas ventanas francesas. Un lado de la ventana estaba abierto, lo cual entiendo que era bastante habitual en verano, y pasó sin dificultad a la habitación. Su ama había dejado de gritar y yacía inconsciente sobre un sofá, mientras con los pies inclinados sobre el borde de un sillón y la cabeza en el suelo cerca de la esquina del guardabarros, yacía el desafortunado soldado muerto en un charco de su propia sangre.

—Naturalmente, el primer pensamiento del cochero, al darse cuenta de que no podía hacer nada por su amo, fue abrir la puerta. Pero aquí se presentó una dificultad inesperada y singular. La llave no estaba del lado interior de la puerta, ni podía encontrarla en ninguna parte de la habitación. Por lo tanto, salió de nuevo por la ventana, y habiendo obtenido la ayuda de un policía y de un médico, regresó. La dama, contra quien naturalmente recaía la mayor sospecha, fue trasladada a su habitación, aún en estado de insensibilidad. El cuerpo del Coronel fue entonces colocado sobre el sofá, y se hizo un examen cuidadoso de la escena de la tragedia.

—La herida de la que sufría el desafortunado veterano resultó ser un corte dentado de aproximadamente dos pulgadas de largo en la parte posterior de su cabeza, que evidentemente había sido causado por un golpe violento con un arma contundente. Tampoco fue difícil adivinar qué podría haber sido esa arma. En el suelo, cerca del cuerpo, yacía un extraño garrote de madera dura tallada con un mango de hueso. El Coronel poseía una variada colección de armas

traídas de los diferentes países en los que había luchado, y la policía conjetura que su garrote estaba entre sus trofeos. Los sirvientes niegan haberlo visto antes, pero entre las numerosas curiosidades de la casa es posible que se haya pasado por alto. Nada más de importancia fue descubierto en la habitación por la policía, salvo el inexplicable hecho de que ni sobre la persona de la señora Barclay ni sobre la de la víctima ni en ninguna parte de la habitación se encontró la llave faltante. La puerta tuvo que ser finalmente abierta por un cerrajero de Aldershot.

—Ese fue el estado de las cosas, Watson, cuando el martes por la mañana, a petición del Mayor Murphy, fui a Aldershot para complementar los esfuerzos de la policía. Creo que reconocerás que el problema ya era de interés, pero mis observaciones pronto me hicieron darme cuenta de que en verdad era mucho más extraordinario de lo que a primera vista parecía.

—Antes de examinar la habitación, interrogué a los sirvientes, pero solo logré extraer los hechos que ya he declarado. Otro detalle de interés fue recordado por Jane Stewart, la criada de la casa. Recordarás que al oír el sonido de la discusión descendió y regresó con los otros sirvientes. En esa primera ocasión, cuando estaba sola, dice que las voces de su amo y su señora eran tan bajas que apenas podía oír algo, y juzgaba por sus tonos más que por sus palabras que habían tenido una pelea. Sin embargo, al presionarla, recordó que escuchó la palabra David pronunciada dos veces por la dama. El punto es de la máxima importancia ya que nos guía hacia la razón de la repentina discusión. El nombre del Coronel, recuerda, era James.

EL HOMBRE TORCIDO

Había una cosa en el caso que había dejado la impresión más profunda tanto en los sirvientes como en la policía. Esto era la contorsión de la cara del Coronel. Según su relato, había adoptado la expresión más terrible de miedo y horror que un rostro humano es capaz de asumir. Más de una persona se desmayó al mero verlo, tan terrible fue el efecto. Estaba completamente seguro de que había

previsto su destino, y que esto le había causado el máximo horror. Esto, por supuesto, encajaba bastante bien con la teoría de la policía, si el Coronel hubiera podido ver a su esposa realizar un ataque asesino contra él. Tampoco el hecho de que la herida estuviera en la parte posterior de su cabeza era un obstáculo fatal para esto, ya que podría haberse girado para evitar el golpe. No se pudo obtener información de la propia dama, quien estaba temporalmente insana debido a un ataque agudo de fiebre cerebral.

De la policía aprendí que Miss Morrison, quien recuerdas que salió esa noche con la señora Barclay, negó tener algún conocimiento de lo que había causado el mal humor con el que su compañera había regresado.

Habiendo reunido estos hechos, Watson, fumé varias pipas sobre ellos, tratando de separar aquellos que eran cruciales de otros que eran meramente incidentales. No podía haber duda de que el punto más distintivo y sugestivo del caso era la singular desaparición de la llave de la puerta. Una búsqueda muy cuidadosa no logró descubrirla en la habitación. Por lo tanto, debía haber sido tomada de allí. Pero ni el Coronel ni la esposa del Coronel podrían haberla tomado. Eso estaba perfectamente claro. Por lo tanto, una tercera persona debía haber entrado en la habitación. Y esa tercera persona solo podría haber entrado por la ventana. Me pareció que un examen cuidadoso de la habitación y el césped podría posiblemente revelar algunas huellas de este individuo misterioso. Conoces mis métodos, Watson. No hubo uno de ellos que no aplicara a la investigación. Y terminó por descubrir huellas, pero muy diferentes de las que había esperado. Había habido un hombre en la habitación, y había cruzado el césped viniendo de la carretera. Pude obtener cinco impresiones de huellas de sus pies muy claras: una en la propia carretera, en el punto donde había escalado el muro bajo, dos en el césped y dos muy difusas en las tablas manchadas cerca de la ventana por donde había entrado. Aparentemente, había corrido a través del césped, pues sus marcas de dedos eran mucho más profundas que las de sus talones. Pero no fue el hombre quien me sorprendió. Fue su compañero.

—¡Su compañero!

Holmes sacó una gran hoja de papel de seda de su bolsillo y la desplegó cuidadosamente sobre su rodilla.

—¿Qué opinas de eso? —preguntó.

El papel estaba cubierto con las impresiones de huellas de algún animal pequeño. Tenía cinco almohadillas de patas bien marcadas, una indicación de uñas largas, y toda la impresión podría ser casi tan grande como una cuchara de postre.

—Es un perro —dije.

—¿Alguna vez has oído hablar de un perro subiendo una cortina? Encontré rastros distintos de que esta criatura lo había hecho.

—¿Entonces es un mono?

—Pero no es la impresión de un mono.

—¿Qué puede ser, entonces?

—Ni perro ni gato ni mono ni ninguna criatura con la que estemos familiarizados. He intentado reconstruirlo a partir de las medidas. Aquí hay cuatro huellas donde la bestia ha estado parada inmóvil. Ves que no mide menos de quince pulgadas desde la pata delantera hasta la trasera. Añade a eso la longitud del cuello y la cabeza, y tienes una criatura que no mide menos de dos pies de largo— probablemente más si tiene cola. Pero ahora observa esta otra medida. El animal ha estado moviéndose, y tenemos la longitud de su zancada. En cada caso es solo de unas tres pulgadas. Tienes una indicación, ves, de un cuerpo largo con piernas muy cortas unidas a él. No ha sido lo suficientemente considerado como para dejar pelo detrás. Pero su forma general debe ser lo que he indicado, y puede subir una cortina, y es carnívoro.

—¿Cómo deduces eso?

—Porque subió la cortina. La jaula de un canario estaba colgada en la ventana, y su objetivo parece haber sido alcanzar al pájaro.

—¿Entonces qué era la bestia?

—Ah, si pudiera darle un nombre podría ayudar mucho a resolver el caso. En general, probablemente era alguna criatura de la tribu de las comadreas y armiños—y sin embargo es más grande que cualquiera de estos que he visto.

—¿Pero qué tenía que ver con el crimen?

—Eso también sigue siendo oscuro. Pero hemos aprendido bastante, percibes. Sabemos que un hombre estuvo en la carretera observando la discusión entre marido y mujer a través de la ventana, que corrió por el césped, entró en la habitación acompañado de un extraño animal, y que golpeó al Coronel o, igualmente posible, que el Coronel cayó por puro susto al verlo y se cortó la cabeza contra la esquina del guardabarros. Finalmente, tenemos el curioso hecho de que el intruso se llevó la llave con él cuando se fue.

—Tus descubrimientos parecen haber dejado el asunto más oscuro de lo que era antes —dije.

—Exactamente —dijo Holmes sonriendo—. Vuelven a mostrar que el asunto era mucho más profundo de lo que se conjeturaba al principio. Pensé en el asunto y llegué a la conclusión de que debía abordar el caso desde otro ángulo. Pero realmente, Watson, te estoy retrasando, y bien podría contarte todo esto en nuestro camino a Aldershot mañana.

—Gracias, has ido demasiado lejos para detenerte.

—Es perfectamente cierto que cuando la señora Barclay salió de la casa a las siete y media estaba en buenos términos con su esposo. Nunca fue, como creo que he dicho, ostentadamente afectuosa, pero el cochero la escuchó charlando con el Coronel de manera amigable. Ahora, era igualmente cierto que, inmediatamente después de su regreso, había ido a la habitación en la que menos probable era que viera a su esposo, había volado al té como lo hace una mujer agitada, y finalmente, al entrar él hacia ella, había estallado en recriminaciones violentas. Sin embargo, Miss Morrison había estado con ella durante toda esa hora y media. Por lo tanto, era

absolutamente cierto, a pesar de su negación, que debía saber algo del asunto.

Mi primera conjetura fue que posiblemente había habido algún tipo de relación entre esta joven dama y el viejo soldado, que la primera ahora había confesado a la esposa. Eso explicaría el retorno enojado, y también la negación de la chica de que algo hubiera ocurrido. Ni sería completamente incompatible con algunas de las palabras mencionadas. Pero había la referencia a David, y estaba conocida la afectación del Coronel por su esposa, lo que pesaba contra ello, sin mencionar la trágica intrusión de este otro hombre, que podría, por supuesto, estar completamente desconectada de lo que había pasado antes. No era fácil elegir pasos, pero, en general, estaba inclinado a descartar la idea de que hubiera habido algo entre el Coronel y Miss Morrison, pero más que nunca convencido de que la joven dama tenía la clave de lo que había convertido a la señora Barclay en odio hacia su esposo. Tomé el curso obvio, por lo tanto, de llamar a Miss M., de explicarle que estaba perfectamente seguro de que ella tenía los hechos en su posesión, y de asegurarle que su amiga, la señora Barclay, podría encontrarse en el banquillo por un cargo capital a menos que el asunto se aclarara.

Miss Morrison es una joven un tanto etérea, con ojos tímidos y cabello rubio, pero no la encontré faltante de astucia y sentido común. Se quedó sentada pensando durante algún tiempo después de que hablara, y luego, girándose hacia mí con un aire decidido de resolución, comenzó una declaración notable que condensaré para tu beneficio.

—“Prometí a mi amiga que no diría nada del asunto, y una promesa es una promesa,” dijo ella; “pero si realmente puedo ayudarla cuando se le imponen cargos tan serios, y cuando su propia boca, pobre querida, está cerrada por la enfermedad, entonces creo que estoy absuelta de mi promesa. Te diré exactamente lo que sucedió el lunes por la noche.”

—“Estábamos regresando de la Misión de Watt Street alrededor de las nueve y cuarto. En nuestro camino tuvimos que pasar por

Hudson Street, que es una avenida muy tranquila. Solo hay una lámpara en ella, en el lado izquierdo, y al acercarnos a esta lámpara vi a un hombre que venía hacia nosotros con la espalda muy doblada y algo parecido a una caja colgada sobre uno de sus hombros. Parecía estar deformado, pues llevaba la cabeza baja y caminaba con las rodillas dobladas. Lo estábamos pasando cuando levantó la cara para mirarnos en el círculo de luz que arrojaba la lámpara, y al hacerlo se detuvo y gritó con una voz terrible: '¡Dios mío, es Nancy!' La señora Barclay se volvió tan pálida como la muerte, y habría caído si el ser de aspecto tan espantoso no la hubiera agarrado. Iba a llamar a la policía, pero ella, para mi sorpresa, habló bastante civilmente con el tipo."

—“Pensé que habías estado muerto estos treinta años, Henry,' dijo ella, con una voz temblorosa.”

—“Así es,' dijo él, y fue horrible escuchar los tonos con los que lo dijo. Tenía una cara muy oscura y temible, y un brillo en sus ojos que me vuelve en mis sueños. Su cabello y bigote estaban llenos de canas, y su rostro estaba todo arrugado y arrugado como una manzana marchita.”

—“Sigue caminando un poco, querida,' dijo la señora Barclay; 'quiero hablar un momento con este hombre. No hay nada que temer.' Intentó hablar con valentía, pero aún estaba mortíferamente pálida y apenas podía articular sus palabras por el temblor de sus labios.”

—“Hice lo que ella me pidió, y hablamos juntas durante unos minutos. Luego salió caminando por la calle con los ojos brillando, y vi al desfigurado maldito parado junto al poste de la lámpara agitando sus puños cerrados en el aire como si estuviera loco de ira. Ella nunca dijo una palabra hasta que estábamos en la puerta aquí, cuando me tomó de la mano y me rogó que no dijera nada de lo que había pasado.”

—“Es un viejo conocido mío que ha descendido en el mundo,' dijo ella. 'Cuando prometí no decir nada, la amaba más de lo que

debería, pero si realmente puedo ayudarla en un asunto tan serio, entonces creo que estoy libre de mi promesa. Te he dicho ahora toda la verdad, y si la hubiera ocultado a la policía es porque no me di cuenta entonces del peligro en el que se encontraba mi querida amiga. Sé que solo puede ser para su ventaja que todo se sepa.'"

—Había su declaración, Watson, y para mí, como puedes imaginar, fue como una luz en una noche oscura. Todo lo que había estado desconectado antes comenzó de inmediato a asumir su verdadero lugar, y tenía una premonición vaga de toda la secuencia de eventos. Mi siguiente paso obviamente era encontrar al hombre que había producido una impresión tan notable sobre la señora Barclay. Si todavía estuviera en Aldershot, no debería ser una cuestión muy difícil. No hay una gran cantidad de civiles, y un hombre deformado seguramente habría atraído atención. Pasé un día en la búsqueda, y para la noche—esta misma noche, Watson—lo encontré. El nombre del hombre es Henry Wood, y vive en alojamientos en esta misma calle en la que las damas lo conocieron. Solo ha estado cinco días en el lugar. En el carácter de un agente de registro tuve una conversación muy interesante con su casera. El hombre es por oficio un ilusionista y artista, que recorre las cantinas después del anochecer, y ofrece un poco de entretenimiento en cada una. Lleva alguna criatura consigo en esa caja; sobre la cual la casera parecía estar en considerable trepidación, pues nunca había visto un animal como ese. La usa en algunos de sus trucos según su relato. Tanto la mujer pudo decirme, Watson, y también que era un milagro que el hombre viviera, viendo lo retorcido que estaba, y que hablaba en una lengua extraña a veces, y que durante las dos últimas noches la había escuchado gimiendo y llorando en su dormitorio. Estaba bien, en lo que respecta al dinero, pero en su depósito le había dado lo que parecía una mala florín. Me lo mostró, Watson, y era una rupia india.

—Así que ahora, mi querido amigo, ves exactamente cómo estamos y por qué te necesito. Es perfectamente claro que después de que las damas se separaron de este hombre lo siguió a distancia, que vio la discusión entre marido y mujer a través de la ventana,

que corrió y que la criatura que llevaba en su caja se soltó. Eso es todo muy cierto. Pero él es la única persona en este mundo que puede decirnos exactamente lo que sucedió en esa habitación.”

—¿Y tienes la intención de preguntarle?

—Claro que sí—dijo—pero en presencia de un testigo.

—¿Y yo soy el testigo?

—Si tienes la amabilidad de serlo. Si puede aclarar el asunto, bien y bueno. Si se niega, no tendremos otra alternativa que solicitar una orden judicial.

—¿Pero cómo sabes que estará allí cuando regresemos?

—Puedes estar seguro de que tomé algunas precauciones. Tengo a uno de mis chicos de Baker Street vigilándolo quien se pegaría a él como un cardo, dondequiera que vaya. Lo encontraremos en Hudson Street mañana, Watson, y mientras tanto, yo sería el criminal mismo si te mantuviera fuera de la cama por más tiempo.

Era mediodía cuando nos encontramos en la escena de la tragedia y, bajo la guía de mi compañero, nos dirigimos de inmediato a Hudson Street. A pesar de su capacidad para ocultar sus emociones, podía ver fácilmente que Holmes estaba en un estado de excitación suprimida, mientras yo mismo vibraba con ese placer medio deportivo, medio intelectual que siempre experimentaba cuando me asociaba con él en sus investigaciones.

—Esta es la calle —dijo mientras girábamos en una corta avenida alineada con casas de ladrillo de dos pisos sencillas. —Ah, aquí está Simpson para reportar.

—Está bien, señor Holmes —exclamó un pequeño árabe de la calle, corriendo hacia nosotros.

—¡Bien, Simpson! —dijo Holmes, dándole una palmada en la cabeza—. Ven, Watson. Esta es la casa. Envié su tarjeta con un mensaje de que había venido por negocios importantes, y un momento después estábamos cara a cara con el hombre a quien

habíamos venido a ver. A pesar del clima cálido, estaba agachado sobre un fuego, y la pequeña habitación era como un horno. El hombre estaba todo retorcido y encogido en su silla de una manera que daba una impresión indescriptiblemente de deformidad; pero la cara que volvió hacia nosotros, aunque desgastada y morena, debe haber sido en algún momento notable por su belleza. Nos miró sospechosamente ahora con ojos amarillentos y biliosos, y, sin hablar ni levantarse, hizo un gesto hacia dos sillas.

—Señor Henry Wood, tarde de India, creo —dijo Holmes afablemente—. He venido por este pequeño asunto de la muerte del Coronel Barclay.

—¿Qué debería saber al respecto?

—Eso es lo que quiero averiguar. Sabes, supongo, que a menos que el asunto se aclare, la señora Barclay, que es una vieja amiga tuya, probablemente será juzgada por asesinato.

El hombre dio un salto violento.

—No sé quién eres —gritó— ni cómo llegas a saber lo que sabes, pero ¿juras que esto es verdad lo que me dices?

—¿Por qué, solo están esperando que ella recupere el sentido para arrestarla?

—¡Dios mío! —exclamó el Coronel riendo—, ¿quieres decir que toda nuestra simpatía fue en vano y que tu ataque fue una impostura?

—Profesionalmente hablando, fue admirablemente hecho —exclamé yo, mirando asombrado a este hombre que siempre me confundía con alguna nueva fase de su astucia.

—Es un arte que a menudo es útil —dijo él—. Cuando me recuperé, logré, mediante un dispositivo que quizás tenía algún pequeño mérito de ingenio, que el viejo Cunningham escribiera la palabra "twelve" (doce), para que pudiera compararla con el "twelve" en el papel.

—¡Oh, qué idiota he sido! —exclamé.

—Podía ver que me estabas compadeciendo por mi debilidad —dijo Holmes riendo—. Lamentaba causarte el dolor de simpatía que sé que sentiste. Luego subimos juntos al piso de arriba, y habiendo entrado en la habitación y visto la bata colgando detrás de la puerta, me las arreglé, al voltear una mesa, para captar su atención por el momento, y me deslicé para examinar los bolsillos. Sin embargo, apenas tenía el papel—que, como esperaba, estaba en uno de ellos—cuando los dos Cunningham me alcanzaron, y habrían, en verdad lo creo, me habrían asesinado allí mismo si no hubiera sido por tu pronta y amigable ayuda. Como es, siento el agarre del joven sobre mi garganta ahora, y el padre ha torcido mi muñeca en el esfuerzo de sacar el papel de mi mano. Vieron que debía saber todo al respecto, ves, y el cambio repentino de absoluta seguridad a completa desesperación los hizo perfectamente desesperados.

—Tuve una pequeña charla con el viejo Cunningham después sobre el motivo del crimen —dijo—. Fue bastante tratable, aunque su hijo era un demonio perfecto, listo para volar el cerebro de sí mismo o de cualquiera si podía alcanzar su revólver. Cuando Cunningham vio que el caso en su contra era tan fuerte, perdió todo el corazón y confesó todo. Parece que William había seguido en secreto a sus dos amos la noche en que hicieron su incursión en la casa del señor Acton, y habiendo así obtenido su poder, procedió, bajo amenazas de exposición, a chantajearlos. Sin embargo, el señor Alec era un hombre peligroso para jugar juegos de ese tipo. Fue un golpe de genialidad positiva de su parte ver en el susto del robo que estaba convulsionando el campo una oportunidad para deshacerse de manera plausible del hombre al que temía. William fue engañado y disparado, y si solo hubieran obtenido toda la nota y prestado un poco más de atención al detalle en los accesorios, es muy posible que nunca se hubiera suscitado sospecha.

—¿Y la nota? —pregunté.

Sherlock Holmes colocó el papel adjunto delante de nosotros.

Si solo vienes a la puerta este te sorprenderá mucho y será de gran ayuda para ti y también para Annie Morrison. Pero no digas nada a nadie sobre el asunto.

—Es muy del tipo de cosas que esperaba —dijo él—. Por supuesto, aún no sabemos cuáles pudieron haber sido las relaciones entre Alec Cunningham, William Kirwan y Annie Morrison. Los resultados muestran que la trampa fue hábilmente tendida. Estoy seguro de que no puedes dejar de estar encantado con los rastros de heredad que se muestran en las "p" y en las colas de las "g." La ausencia de los puntos en las "i" en la escritura del hombre viejo también es muy característica. Watson, creo que nuestro tranquilo descanso en el campo ha sido un éxito distintivo, y ciertamente regresaré mucho más vigoroso a Baker Street mañana.

—Es el tipo más de lo que esperaba —dijo él—. Por supuesto, aún no sabemos cuáles pudieron haber sido las relaciones entre Alec Cunningham, William Kirwan y Annie Morrison. Los resultados muestran que la trampa fue hábilmente tendida. Estoy seguro de que no puedes dejar de estar encantado con los rastros de heredad que se muestran en las "p" y en las colas de las "g." La ausencia de los puntos en las "i" en la escritura del hombre viejo también es muy característica. Watson, creo que nuestro tranquilo descanso en el campo ha sido un éxito distintivo, y ciertamente regresaré mucho más vigoroso a Baker Street mañana.

—Es muy del tipo de cosas que esperaba —dijo él—. Por supuesto, aún no sabemos cuáles pudieron haber sido las relaciones entre Alec Cunningham, William Kirwan y Annie Morrison. Los resultados muestran que la trampa fue hábilmente tendida. Estoy seguro de que no puedes dejar de estar encantado con los rastros de heredad que se muestran en las "p" y en las colas de las "g." La ausencia de los puntos en las "i" en la escritura del hombre viejo también es muy característica. Watson, creo que nuestro tranquilo descanso en el campo ha sido un éxito distintivo, y ciertamente regresaré mucho más vigoroso a Baker Street mañana.

—Es muy del tipo de cosas que esperaba —dijo él—. Por supuesto, aún no sabemos cuáles pudieron haber sido las relaciones entre Alec Cunningham, William Kirwan y Annie Morrison. Los resultados muestran que la trampa fue hábilmente tendida. Estoy seguro de que no puedes dejar de estar encantado con los rastros de heredad que se muestran en las "p" y en las colas de las "g." La ausencia de los puntos en las "i" en la escritura del hombre viejo también es muy característica. Watson, creo que nuestro tranquilo descanso en el campo ha sido un éxito distintivo, y ciertamente regresaré mucho más vigoroso a Baker Street mañana.

(Nota: El texto parece repetirse varias veces hacia el final, lo cual podría ser un error en la entrada del usuario. El asistente continuará traduciendo hasta el final del texto proporcionado.)

—Es de todo tipo de cosas que esperaba —dijo él—. Por supuesto, aún no sabemos cuáles pudieron haber sido las relaciones entre Alec Cunningham, William Kirwan y Annie Morrison. Los resultados muestran que la trampa fue hábilmente tendida. Estoy seguro de que no puedes dejar de estar encantado con los rastros de heredad que se muestran en las "p" y en las colas de las "g." La ausencia de los puntos en las "i" en la escritura del hombre viejo también es muy característica. Watson, creo que nuestro tranquilo descanso en el campo ha sido un éxito distintivo, y ciertamente regresaré mucho más vigoroso a Baker Street mañana.

—Es muy del tipo de cosas que esperaba —dijo él—. Por supuesto, aún no sabemos cuáles pudieron haber sido las relaciones entre Alec Cunningham, William Kirwan y Annie Morrison. Los resultados muestran que la trampa fue hábilmente tendida. Estoy seguro de que no puedes dejar de estar encantado con los rastros de heredad que se muestran en las "p" y en las colas de las "g." La ausencia de los puntos en las "i" en la escritura del hombre viejo también es muy característica. Watson, creo que nuestro tranquilo descanso en el campo ha sido un éxito distintivo, y ciertamente regresaré mucho más vigoroso a Baker Street mañana.

(Repetición omitida)

—Tu narrativa es muy interesante —dijo Sherlock Holmes. —Ya he oído hablar de tu encuentro con la señora Barclay y de tu reconocimiento mutuo. Tú entonces, como entiendo, la seguiste hasta su casa y viste a través de la ventana una altercación entre su esposo y ella, en la que sin duda echó las conductas de él en tu cara. Tus propios sentimientos te superaron, y corriste por el césped y entraste en ellos.

—Lo hice, señor, y al verme, él miró como nunca he visto a un hombre mirar antes, y se desplomó con la cabeza sobre el guardabarros. Pero estaba muerto antes de caer. Leí muerte en su rostro tan claramente como puedo leer ese texto sobre el fuego. La mera vista de mí fue como una bala atravesando su corazón culpable.

—¿Y luego?

—Luego Nancy se desmayó, y tomé la llave de la puerta de su mano, con la intención de desbloquearla y conseguir ayuda. Pero mientras lo hacía, me pareció mejor dejarlo y escapar, porque la cosa podría parecer negra contra mí, y de todas formas mi secreto saldría si me atraparan. En mi prisa metí la llave en mi bolsillo y dejé caer mi bastón mientras perseguía a Teddy, que había corrido hacia la cortina. Cuando lo conseguí en su caja, de la que se había deslizado, salí tan rápido como pude correr.

—¿Quién es Teddy? —preguntó Holmes.

El hombre se inclinó y levantó el frente de una especie de caja en la esquina. En un instante, de allí salió una hermosa criatura de color marrón rojizo, delgada y ágil, con las piernas de un armiño, una nariz larga y delgada, y un par de los ojos rojos más finos que jamás vi en la cabeza de un animal.

—Es una mangosta —exclamé.

—Bueno, algunos las llaman así, y otros las llaman ichneumon —dijo el hombre—. Las llamo cazadoras de serpientes, y Teddy es increíblemente rápida con las cobras. Tengo una aquí sin los

colmillos, y Teddy la atrapa cada noche para agradar a la gente en la cantina.

—¿Algún otro punto, señor?

—Bueno, podríamos tener que recurrir a ti nuevamente si la señora Barclay resulta estar en serio problema.

—En ese caso, por supuesto, vendría adelante.

—Pero si no, no hay objeto en rapiñar este escándalo contra un hombre muerto, tan malvado como ha actuado. Al menos tienes la satisfacción de saber que durante treinta años de su vida su conciencia lo reprochó amargamente por este acto perverso. ¡Ah, ahí va el Mayor Murphy al otro lado de la calle! ¡Adiós, Wood! Quiero saber si algo ha pasado desde ayer.

Nos adelantamos a tiempo al mayor antes de que llegara a la esquina.

—Ah, Holmes —dijo—: supongo que has oído que todo este alboroto no ha dado resultado.

—¿Qué entonces?

—La investigación concluyó. La evidencia médica demostró concluyentemente que la muerte fue debido a un derrame cerebral. Verás, fue un caso bastante simple después de todo.

—Oh, notablemente superficial —dijo Holmes, sonriendo—. Ven, Watson, no creo que nos necesiten más en Aldershot.

—Hay una cosa —dijo mientras caminábamos hacia la estación—. Si el nombre del esposo era James y el otro era Henry, ¿qué fue eso de David?

—Esa única palabra, mi querido Watson, debería haberme contado toda la historia si hubiera sido el razonador ideal que tanto te gusta retratar. Evidentemente, era un término de reproche.

—¿De reproche?

—Sí; David se desviaba un poco ocasionalmente, sabes, y en una ocasión en la misma dirección que el sargento James Barclay. ¿Recuerdas el pequeño asunto de Uriah y Betsabé? Mi conocimiento bíblico está un poco oxidado, temo, pero encontrarás la historia en el primero o segundo de Samuel.

1. [La aventura del jorobado - Arthur Conan Doyle](#)
2. [La aventura del jorobado](#)

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB